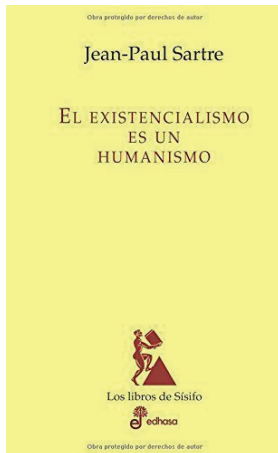


El existencialismo es un humanismo

SARTRE, JEAN-PAUL.

(A. Elkaïm-Sartre, Ed.; V. Praci de Fernández, M. C. Llerena, Trad.)
Barcelona: Edbasa. (2022 [1946])



Considerado como el representante más significativo del existencialismo ateo francés, Jean-Paul Sartre (1905-1980) fue un polifacético filósofo y escritor francés, que se dedicó tanto al activismo político-comunista como a un profundo y metafísico humanismo. En efecto, la combinación entre ambas facetas marcó el carácter serio y rotundo de su obra, gracias a la cual llegó a ser galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1964, condecoración que acabó rechazando por ir en contra de sus ideales filosófico-políticos. Esta renuncia simboliza muy bien el tono ético y comprometido de su filosofía, que, enraizada en la fenomenología husserliana, versó fundamentalmente sobre el problema de la

libertad y de la responsabilidad de los individuos, aspecto que también conecta con la obra a comentar aquí. Con respecto a esta, *El existencialismo es un humanismo* recoge una conferencia proferida por el propio Sartre en París en octubre de 1945, que fue pronunciada con el objeto de contraargumentar las críticas (principalmente cristianas y marxistas) que había recibido su filosofía, y así presentar un corpus de

pensamiento más riguroso y coherente. Con este breve texto, que en su traducción castellana no sobrepasa las 124 hojas, Sartre logró aproximar el existencialismo a la sociedad, en una extracción de su teorización académica que el francés describe como un *debilitamiento* necesario de la doctrina que facilitaría su comprensión a gran escala. De hecho, esta clarificación se ve reflejada en la claridad expositiva de la que goza el discurso, en virtud de la cual el texto se convirtió rápidamente en una de las obras divulgativas más conocidas del existencialismo francés.

En lo que respecta a la estructura de la disertación, cabe aclarar que antes de sumergirnos en la transcripción de las letras sartreanas, nos encontramos con una breve introducción escrita por Arlette Elkaïm-Sartre, hija adoptiva del filósofo, quien explica el contexto en el que se gestó la conferencia. Este prólogo, de gran interés para profundizar en el contenido de la comunicación, se ve seguido de la ponencia misma de Sartre, en la cual el autor expone centralmente los principios básicos de lo que formula como su existencialismo ateo –estrictamente filosófico–; lo que le permite distinguirlo de la vertiente cristiana de pensamiento y de lo que, en sus propios términos, se había constituido como una *moda* banal. Tras la exposición del grosso del trabajo, tiene lugar un enriquecedor coloquio, en el que Sartre responde a las objeciones que distintos asistentes formulan a su lección, oportunidad que el francés aprovecha para profundizar en algunas de las definiciones que él mismo ofreciera previamente, con el fin de clarificar el sentido último de su propuesta.

Y, precisamente, Sartre abre la exposición presentando una definición de lo que, bajo su perspectiva crítica, es el existencialismo, “una doctrina que hace posible la vida humana y que, por otra parte, declara que toda verdad y toda acción implican un medio y una subjetividad humana” (p. 23). A lo largo de la disertación, Jean-Paul Sartre va dilucidando y concretizando las nociones presentes en la propia definición ofrecida al comienzo, lo que le permite abrir su análisis a otros conceptos, tales como la libertad, el compromiso y/o la responsabilidad; todos ellos íntimamente relacionados entre sí, destacando por fijar el foco de atención en la tarea activa de la subjetividad. En efecto, este resulta ser el punto de partida de Sartre, pues el filósofo reitera a lo largo de la ponencia la que será su tesis principal: la existencia precede a la esencia, en la medida en que el individuo humano nace arrojado al mundo, siendo una *nada* indefinible que, como tal, se encuentra abierta a múltiples posibilidades. Será así que el sujeto irá configurando su vida conforme la experiencia, siendo desde el seno de su propia existencia individual que podrá definirse a sí mismo con relación al resto de individuos que lo rodean –lo que, por extensión, se traducirá en la identificación de los otros como *otros* distintos del sí mismo–. Con esto, Sartre pretende poner de manifiesto que no hay ningún orden de naturaleza superior que prefije quién es el individuo humano y qué puede llegar

a ser. Por el contrario, el francés rechaza severamente las concepciones que desaguan en estas consideraciones, en tanto considera que conducirían a un humanismo cerrado de corte fascista y, por ende, podemos añadir, totalitario.

En línea con estas ideas, Sartre también refuta concebir, a la manera kantiana, a los sujetos humanos como fines, sino que aboga por la apertura del individuo a la existencia, siendo esta la base más firme de su humanismo. Con esto, y escribiéndolo en términos allegados al existencialismo heideggeriano, Sartre mostraría su comprensión de los individuos como medios lanzados al provenir, como proyectos que están en constante proceso de cambio y (re)invención, lo que impide que haya un cierre o delimitación a su ser. En este sentido, el individuo humano está condenado a ser libre, pues es arrojado a una existencia que no fue de su elección ni creación, pero que sí puede moldear, en tanto es responsable de sí mismo. Es decir, el individuo está siempre inmerso en un proceso de maduración por el cual se realiza a medida que toma cada una de sus decisiones, siendo así que puede –y, de facto, lo hace– definirse en virtud de las acciones que lleva a cabo. Pues, para Sartre, no hay nada que pueda salvar al individuo de sí mismo ni de su desamparo angustiante, por lo cual la solución pasará por encontrarse a sí mismo, reconociendo que solo desde su interioridad podrá justificar sus actos. Este es el sentido en el que Sartre habla de la soledad de la subjetividad, que implica asumir su plena responsabilidad existencial, decidiendo por sí mismo hacia dónde quiere ir y qué quiere ser, sin acatar prescripciones de ninguna ley superior, lo que le permitirá realizarse y madurar autónomamente. Con esto, Sartre declara que el individuo no vive encerrado en sí mismo, sino abierto al universo humano, lo que supone que su compromiso con la existencia es total y, por tanto, afecta tanto a otros individuos como a la realidad social en la que habita(n).

Para Sartre, es precisamente en virtud del esfuerzo constante por ser y estar que definiría una existencia sincera, que el existencialismo ateo constituiría una doctrina de acción que no desemboca en el quietismo, como se había objetado: por el contrario, el existencialismo humanista –que no humanismo existencialista– permitiría entender que somos lo que hacemos con nuestra existencia y las decisiones que en ella tomamos, siendo por eso que el peso de toda acción recae necesariamente en la propia subjetividad. Sería también por esta razón que no podemos hablar de una filosofía pesimista, pues en línea con la defensa que su propio formulador desarrolla, el valor de esta filosofía reside en el optimismo de considerar que podemos realizarnos libremente. Así pues, somos libres de ser, en la medida en que vivimos eligiendo y elegimos viviendo, con la posibilidad de modificar nuestra existencia de un instante a otro: el destino de la historia depende enteramente de nuestra voluntad y actuación.

Esta idea permite ver la vinculación entre el pensamiento humanista y político de Sartre, pues como corolario de estas ideas, de ese ser dueños –aunque condenados– de nuestra existencia, también está la potencialidad de cambiar el orden de cosas establecido. Se aprecia así la raigambre de consideraciones del filósofo, que había sido activista político, además de intelectual, lo que lo llevó a reflexionar acerca de las mismas cuestiones desde distintas perspectivas. Sin embargo, no podemos decir que *El existencialismo es un humanismo*, posiblemente por su carácter oral-expositivo, sea una obra que trabaje esta vinculación de forma madura y explícita, sino que más bien podríamos ver que esta subyace latente al texto.

Tras este análisis, puede observarse que la conferencia cumple con el fin por el cual fue realizada, de modo que sí facilita la introducción al existencialismo, clarificando cuáles son las bases de la doctrina y apelando a un vocabulario accesible que permite gozar de la lectura al tiempo que se aprende de una nueva concepción. Non obstante, es cierto que el trabajo, dada su brevedad y su carácter divulgativo, resultará insuficiente para todo lector de filosofía que conozca mínimamente la temática, pues Sartre deja abiertos interrogantes que, si bien él mismo abordará en obras posteriores, aquí acaban por parecer ser inexactitudes que debilitan su tesis. Exceptuando estos aspectos, por los cuales la obra no quedaría recomendada para quien pretenda realizar una inmersión exhaustiva en el existencialismo, sí se trata de una lectura de gran interés para introducirse a la temática y contemplar de manera crítica el conflictivo panorama filosófico-académico en el que se movía Sartre, además de que permitirá profundizar en las diferencias entre su concepción y la marxista.

Susana Bellón Rey

<https://orcid.org/0009-0001-5277-090X>